

En el mundo moderno el valor intrínseco del arte está dejando de ser el puramente estético —como simple expresión de belleza, como adorno o lujo de la humanidad, como forma decorativa de la individualidad, deleitante para el ojo o para el oído,— y va siendo, por no decir que es ya, una actividad revolucionaria, realmente un método dentro de los grandes propósitos sociales.

Sólo en Centro América los artistas siguen siendo los irresponsables niños sonámbulos del eterno diálogo con las estrellas, y la ruina misma del pueblo —su miseria moral y económica— es para ellos un motivo de lírica, torpe y cómplice inspiración.

Deber de los intelectuales en el actual proceso de descomposición social

Los intelectuales, que buscan acomodo para su subsistencia a la sombra de los gobiernos y a la sombra de la clase capitalista, llegan a formarse un ideario que no les corresponde, por pertenecer sin remedio, poetas, escritores, pintores y escultores al proletariado, así se imaginen que su nivel es superior al de los otros estamentos explotados de la sociedad. Si el obrero vende su fuerza material de trabajo, los hombres que han logrado adquirir una cultura, una preparación más o menos amplia, caen también en la misma esclavitud que el trabajador manual; sienten iguales dolores, pasan por idénticas y aún por mayores necesidades; habrían por consiguiente de luchar en su propia defensa, orientando —por constituir minoría intelectualmente privilegiada— a los grandes grupos de proletarios indefensos.

Desgraciadamente, con muy pocas excepciones, el intelectual de estos países semicoloniales sigue creyendo a estas alturas en el arte por el arte; mira con indiferencia lo que ocurre a su lado; llega a pensar que los temas sociales y económicos nada tienen que ver con la alta cultura; y cuando decide abordar con gran disgusto estos problemas, suele generalmente tomar partido del lado de quienes ponen en sus manos un mendrugo. Para defender a sus jefes o patrones, políticos o capitalistas, se acogen los hombres llamados cultos a distintas escuelas filosóficas o literarias. Y citan para demostrar sabiduría a distintos autores, y barajan a Durkheim con Hume y Kant, y a Renán con la encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*, sin tomar en cuenta que están obligados, para ser sinceros, a enfocar los hechos reales que se ofrecen a la vista.

Ya no es posible que sigan adoptando la cómoda posición de los escépticos, menos pues la de defensores del régimen actual. Ni es posible tampoco adherirse a la doctrina de los agnosticistas, porque "la cosa en sí" se nos presenta a todos los observadores en forma que no admite discusión. No habrá filósofo de ninguna secta mal llamada idealista que pueda negar la realidad. Y esa realidad se observa en la miseria, en el niño que pide un pedazo de pan, en la madre que no puede alimentar a su hijo, en la tortura de millones de seres humanos que se afanan por resolver sus necesidades más elementales de nutrición, de abrigo y de vivienda.

Adentrarse en este dolor colectivo, a través de sus propias vicisitudes; inspirarse en la honda pena de los que sufren; interpretar lo que palpan todos los días en torno suyo es un deber de los que saben manejar el pincel, el idioma o los cinceles que darán forma a la escultura. No proceder de este modo es traicionarse a sí mismos y traicionar a las multitudes que confían en la honradez de los hombres superiores.

Gráfica de un aspecto de la explotación de Panamá por el régimen capitalista norteamericano



Este fotograbado nos está diciendo, con elocuencia aterradora, cómo explota el Gobierno de los Estados Unidos a la más joven de las repúblicas hispanoamericanas. Washington, según el balance que arriba puede verse, lejos de pagar por la Zona del Canal, está recibiendo del pueblo panameño ochenta mil dólares anuales. ¡Así ocurre siempre en todo trato del fuerte con el débil! ¿Acaso no se quedaron en poder de los banqueros Brown Brothers and Seligman and Company, succionadores de Nicaragua, los famosos tres millones del Tratado Bryan-Chamorro?

¡Y sobre la explotación que podría llamarse oficial, de Panamá, la del agua, la del bano, la de la luz, la de la fuerza eléctrica, la del caucho, la de los bancos: United Fruit Company, Bond and Share Company, Goodyear Tire and Rubber Company, National City Bank y otros pulpos financieros!

¡Y encima de tanta iniquidad el fantasma de la guerra: aeroplanos de la fuerza aérea norteamericana que vuelan sobre el territorio del pequeño país, fortificaciones, acorazados, manio-bras militares, la bélica preparación constante de una gran potencia, *civilizada y civilizadora*, que al violar cláusulas precisas del Tratado de 1903 sobre la neutralidad del Canal, convertirá estas tierras de América en campos sangrientos de batalla!

Pero a los panameños los salvará su espíritu. El espíritu de los hombres de vanguardia que saben enfrentarse a la realidad de su tierra desgarrada. Y la inquietud ejemplar de la mujer nueva que se asoma, pidiendo comprensión, al panorama de América, de nuestra América, en apariencia dormida ante el peligro inminente de la barbarie *civilizada* que a todos por igual nos amenaza, en connivencia con gobiernos lacayos y con capitalistas criollos.